



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baibars”



VI – Muerte en el hamam

21 – Baibars se rebela

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 2020

Número de páginas: 7

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org

info@cedcs.eu

21 – Baïbars se rebela

De cómo Baïbars, con la ayuda de los *fidais*, desenmascara al traidor del virrey de Damasco, Sharaf El-Dîn, y lo manda a las mazmorras, proclamándose entonces rey y sultán de Damasco, bajo el nombre de El-‘Adel Baïbars...



Al viernes siguiente, se fueron todos a La Ciudadela, incluido, por supuesto, Baïbars, acompañado de ochentaicinco capitanes ismailíes, pero en esta ocasión, con el rostro al descubierto, y armados de pies a cabeza. Pero, como el banquete debía celebrarse en una vasto salón, rodeado de arcadas cerradas con cortinas; fue ahí precisamente en donde Sharaf El-Dîn había ocultado a sus cuatrocientos mercenarios: ¡el pobre desgraciado no imaginaba que Baïbars estaba totalmente al corriente de la trampa que le había montado!

Pero cuando los asesinos, ocultos alrededor del salón, vieron a los *fidais* que acompañaban a Baïbars, perdieron de repente todo su entusiasmo, y se pusieron a temblar tan fuertemente que ni uno solo se atrevió a asomar la punta de la nariz. Al poco tiempo, se sirvió una inmensa bandeja cargada con los manjares más suculentos y variados.

- ¡Hacedme el honor de acercaros y probar esta modesta comida! –dijo entonces Sharaf El-Dîn. Pero Baïbars, sin moverse de su sitio, comenzó a toser, y a aclararse la garganta ruidosamente, en fin a comportarse con la peor de las groserías.

- Vamos a ver, hijo mío, ¿qué te pasa? –protestó Sharaf El-Dîn– ¡No estás siendo muy educado!

- Nada de eso, mi querido emir –repuso Baïbars en un tono mordaz–. Solo quiero ahorrarte el trabajo de dar la señal a los asesinos que has ocultado en este salón para darme muerte, y cumplir la promesa que has hecho a tu señor, El-Mu’izz Aïbak, ¡eh, canalla! ¡Ahora, mis valientes! –lanzó a los *fidais*– ¡Atadme a este falso engendro, que tiene aún menos cabeza que valor!

De inmediato, el capitán Sulaymân el Búfalo se apoderó de Sharaf El-Dîn y le ató con fuerza, sin que ninguno de los notables se atreviera a protestar o a interponerse. Mientras tanto, Baïbars ordenó al *tôbayi bâshi*¹ que disparara el cañón; al oír esa señal,

¹ Título turco que significa “jefe cañonero”.

los *fidauis* que estaban fuera de la ciudad, montaron a caballo y ocuparon simultáneamente todas sus puertas. Su aspecto era tan terrible que todos los que se encontraban pedían gracia sin combatir.

Y entonces, Baibars salió de la Ciudadela y, siempre seguido de sus hombres, se presentó en el palacio del Gobierno, en donde se sentó en el lugar en que lo hacía Sharaf El-Dîn, ante las miradas de notables y altos dignatarios. Hizo llamar a los hombres de religión, a los descendientes del Profeta, a los principales comerciantes y notables de la ciudad, y montó un Consejo ampliado.

- ¡He detenido a Sharaf El-Dîn y le he encarcelado! –declaró Baibars–. Es inútil que os exponga los motivos que me han impulsado a obrar de este modo: ninguno de vosotros ignora la cantidad de delitos que ha acumulado contra mí desde hace mucho tiempo. Así que ahora solo os voy a preguntar una cosa: ¿me aceptaréis como vuestro sultán?

- ¡Te aceptamos! –clamaron los notables al unísono–. ¡Sé nuestro rey y nuestro sultán! ¿Acaso el mismísimo El-Mu'izz Aibak no ha dicho que Aleppo, Damasco y sus territorios son tuyos?

- En ese caso, haced venir a los hombres que están habilitados para conceder la *bay'a* y procedamos ahora mismo a celebrar la ceremonia. Y por lo que a mí respecta, me comprometo a defenderos contra el enemigo y a protegeros con mis bienes y mis soldados.

- ¡Escuchamos y obedecemos! –respondieron los que allí estaban. A fin de cuentas, Damasco es una capital real desde hace mucho más tiempo que El Cairo¹.

Entonces, se hicieron los preparativos necesarios para la ceremonia; Baibars se comprometió a preservar la autoridad pública, a defender al país contra los enemigos, a mantener el orden, la justicia y a seguir la Ley del Islam, a cambio de lo cual, todos los ciudadanos le reconocieron como soberano legítimo, y le garantizaron su sumisión y obediencia. Hecho esto, le vendaron los ojos y le condujeron a la armería real, de donde tomó una espada al azar: cuando salió de la armería, se vio que llevaba un arma con la siguiente inscripción, damasquinada sobre la hoja: “Rogad por el rey justiciero”. De ahí que se le otorgara como nombre para su reinado el de *El-‘Adel*, “el Justiciero”. Se acuñó moneda con su nombre, los predicadores invocaron las bendiciones de Dios sobre él en todas las mezquitas, Baibars entregó caftanes de función a los emires y *sanjacos* de Siria y confirmó a todos los dignatarios en sus funciones.

¹ En efecto, Damasco fue capital del Califato Omeya, desde 650 a 750. El Cairo, en esa época, no era más que una modesta capital de provincia, que no accedió al rango de metrópoli hasta que llegaron los califas fatimíes e instalaron su capital allí, en 972.

Pero como la caravana de la peregrinación [a La Meca] debía partir en esos días, y el *mahmil-sharîf*¹, que no se había utilizado desde hacía siglos, se caía a pedazos; el rey El-‘Adel Baïbars lo hizo restaurar, dándole su primitiva apariencia, y encargó muy especialmente una media luna de oro rojo, que pesaba un *ratl* de Damasco. Hecho esto, hizo venir a Ahmad Ibn El-Aqwâssi; al que invistió con un espléndido caftán, como emir de la peregrinación² de ese año, y le ordenó que partiese inmediatamente; porque la caravana ya estaba esperando fuera de la ciudad.

Así que, los peregrinos se pusieron en marcha, tomando la dirección de Medina La Iluminada, en donde antes de nada se detuvieron para visitar la tumba de Aquel al que la nube protege con su sombra³. Terminada esta visita, se dirigieron hacia La Meca, la Ciudad Gloriosa, adonde llegaron sin incidentes y en donde se encontraron con la caravana que venía de Egipto. Pero he aquí que, los peregrinos sirios traían con ellos gran cantidad de monedas de plata y oro, de las últimas que se habían acuñado en Damasco con el nombre de El-‘Adel Baïbars, y a su regreso de la visita al Monte Arafât⁴ y al finalizar todos los ritos religiosos, quisieron cambiar su dinero, pero nadie lo aceptaba. Muy inquietos ante esta situación, fueron a consultar con su emir, Ahmad Ibn El-Aqwâssi:

- Nadie quiere las monedas de El-‘Adel que hemos traído –se quejaron–; aquí no son de curso legal. Esta situación es penosa, pues ahora no podremos hacer la menor transacción.

Esta noticia encolerizó al emir Ahmad: él también se había traído una buena suma en la nueva moneda, y contaba con hacer por su cuenta diversas operaciones comerciales. Pero se quedó perplejo e indeciso sobre la conducta a seguir, y en estas estaba cuando vio entrar al Caballero sin Nombre. Pues ese año él acompañaba a la caravana de la peregrinación. Incluso se dice que fue el mismo Baïbars el que le había enviado especialmente para velar por todos.

Y cuando el Caballero sin Nombre se fue a ver al emir Ahmad; y éste le contó todo lo que le estaba preocupando, el Caballero comenzó a tranquilizarle:

- ¡Escucha, no te hagas mala sangre, compadre! ¡Espera un poco hasta esta noche y mañana por la mañana esta moneda sirá legal, mal que li pese al mismo diablo!

Dicho esto, salió haciendo retumbar toda su ferretería andante. Esa misma noche, se deslizó justo en la habitación del emir de la peregrinación egipcia, le despertó, le amenazó y le sacudió de mil diferentes maneras, tanto y de tal modo que, el pobre

¹ Litera ricamente decorada que acompañaba a la caravana de la peregrinación a La Meca. Esa litera simbolizaba la independencia del soberano que la enviaba: como se puede apreciar, Baïbars se apresura a reivindicar aquí todas las prerrogativas, reales y simbólicas, de la realeza.

² La función de emir de La Peregrinación era, más que nada, un título honorífico, y se confiaba generalmente a un notable al que se le quería honrar.

³ Perífrasis para designar al Profeta del Islam, por alusión a uno de los milagros que se le atribuyen. La visita a Medina, aunque no forma parte de los ritos de la peregrinación propiamente dicha, no es por ello una parada que haya que olvidar.

⁴ Montaña, próxima a La Meca. El Monte Arafât es una parada obligatoria, pues allí se conmemora el sacrificio de Abraham, y es en donde concluyen los ritos de la peregrinación.

desgraciado, para que le dejara en paz, juró por su palabra más sagrada que, desde el día siguiente, daría curso legal a la moneda acuñada por El-‘Adel Baïbars y que, además, él iría personalmente adonde el emir Ahmad, y se encargaría de cambiar todo el dinero que tuviera en su posesión.

Así que, desde la aurora, envió a un pregonero a anunciar por toda la ciudad que todos tenían que aceptar las monedas acuñadas con el nombre de El-‘Adel Baïbars, y que aquellos que contraviniesen estas órdenes, serían colgados a las puertas de sus tiendas; hecho esto, se fue a ver al emir Ahmad, que le había enviado todo el dinero que había traído, y le dio, a cambio, el equivalente en monedas acuñadas con el nombre de El-Mu’izz Aïbak. Días más tarde, la caravana de Siria tomó el camino de regreso, y llegó a su destino sin mayores complicaciones. Y esto es todo lo relativo a ellos.

En cuanto a El-‘Adel Baïbars, pues convocó a capitán Fajr El-Dîn Yisr, le confió un millar de *fidauis* y le entregó una carta en mano.

- Vete a los países de la Costa, desde Sîs hasta Tanîs¹, a recoger el tributo que deben los reyes francos –le dijo.

El capitán Fajr montó en su caballo y, seguido de su tropa, se fue a ver, uno tras otro, a los treintaiséis reyes francos de la región.

- Di ahora en adelante –les dijo–, no lis daréis ni un solo céntimo a esi cornudo di Aïbak: el tributo es para il rey El-‘Adel Baïbars, al qui hay qui entrigarli, porqui ahora es sultán de Damasco. ¡Y cuidadito con risistiros, o nos viendremos a hablar con algunos muchachos que conocéis bien!

Los reyes francos, evidentemente, no se atrevieron a protestar, y el capitán Fajr El-Dîn regresó a Damasco cargado con una considerable cantidad de dinero. Además, Baïbars recibía el pago de los impuestos de toda la región comprendida entre Mardín y El-Arish². Reinando con sabiduría, restableció el orden y la justicia en la ciudad de Damasco, cuyos habitantes gozaban de una tranquilidad y paz desconocida bajo el gobierno de todos sus predecesores. Y esto es lo que sucedió con el emir Baïbars.

Por lo que se refiere a Aïbak, él también había enviado en esa misma época, al emir Qalaûn para cobrar los tributos de los reyes de la Costa; ignoraba que el dinero ya había sido recaudado y se hallaba a buen recaudo en las arcas de Baïbars. Con que Qalaûn, montó en su cabalgadura, y se presentó primero ante el *babb* Sulbân, señor de Acre, al que le reclamó la cantidad convenida.

- Mejor que no te canses visitando a todos los reyes de la Costa, mi querido amigo –le respondió el babb–; nadie va a entregarte un céntimo: el tributo lo ha percibido el rey

¹ Antigua ciudad de Egipto, en el Delta. Su presencia aquí, totalmente extraña, solo se explica por la rima con Sîs.

² Mardín, ciudad de la Alta Mesopotamia, y El-Arish al sur de Gaza, en la costa mediterránea, eran las fronteras tradicionales de Siria.

Baïbars; pues ha sido proclamado sultán en Damasco, después de encarcelar a Sharaf El-Dîn.

En resumen, que le puso al día de todo el asunto. Qalaûn, extrañado y sin saber qué hacer, se fue a anunciarle esta nueva a Aïbak. Casi al mismo tiempo, la caravana de peregrinos de Egipto llegaba a El Cairo; el emir Baylabân El-Mushîri, que ese año había sido nombrado emir de la peregrinación egipcia, se presentó al Consejo, y entregó a Aïbak el regalo de costumbre. De paso, aprovechó también para mostrarle las monedas de oro y plata acuñadas con el nombre de Baïbars, y referirle lo que había sucedido allí.

El narrador siguió así su historia...

Al enterarse de un golpe de todas aquellas malas noticias, Aïbak fue invadido por tal rabia que no podía distinguir el día de la noche, y a punto estuvo de ahogarse en sus propias bilis. Esa misma tarde, después de que El Consejo se hubo terminado, se presentó adonde la reina Shayarat El-Durr, y gruñón y enfadado, se sentó junto a ella.

- Dime, reina, ¿no me pides noticias de tu pequeño y querido Baïbars? ¿No te interesa saber qué ha sido de él después de tanto tiempo?

- Por supuesto, Baïbars era muy querido por el rey El-Sâleh Ayyûb, así como por todos sus súbditos, pues nunca buscó hacer daño a ninguna criatura de Dios; muy al contrario, lo único que desea es la felicidad y el bien de todos –respondió la reina en un tono glacial. Pero, vamos a ver, ¿por qué vienes a estas horas a hablarme de él? ¿Qué es lo que pasa?

- ¡Pues figúrate, ese mocoso se ha nombrado sultán de Damasco; ha acuñado moneda con su nombre, y ha vuelto a poner en marcha la antigua caravana de la peregrinación! Y luego, como si eso no fuera suficiente, el señorito, ha enviado a sus bandidos ismailíes a recoger el tributo de los reyes de los países de la Costa: ¡una enorme pérdida para el Estado!

- A decir verdad –prosiguió la reina de un tono mordaz–, no veo qué le impediría proceder de ese modo, pue él, al menos, es rey e hijo de rey, y su abuelo era nada menos que el Sultán de los Ascetas, Ibrahim hijo de El-Adham¹. Eso por no hablar que el rey El-Sâleh Ayyûb lo ha criado como a su propio hijo, y, por dos veces, le asignó oficialmente como su sucesor.

- ¡Pues muy bien, yo, desde mañana mismo –exclamó Aïbak picado su amor propio–, le declaro la guerra! ¡Y te prometo que le mataré con mis propias manos y te traeré aquí su cabeza!

- Y yo, te doy mi palabra que, si tú llegas a hacer eso, enviaré a mis sobrinos, a los príncipes kurdos ayyubíes a acogerte con honores tales, que nadie habrá recibido

¹ Célebre asceta y místico musulmán, muerto en 887. En e “Baïbars” se le presenta como su abuelo (ver *Las infancias de Baïbars*)

parecidos en toda su vida. Pero, oh, poderoso rey, si regresas vencido de esa expedición, ¿qué me darás tú a cambio?

- ¡Lo que tú quieras! –le gritó Aïbak exaltado, mientras abandonaba la habitación.

Salió dando un portazo y se fue a dormir solo a sus habitaciones, totalmente decidido a liquidar a la reina cuando volviera de la campaña.

**** * * * * *

Próximo relato de “Muerte en el hamam”

VI.22 ~ “Aïbak consigue que le asesinen”